

MEMORIAS POLÍTICAS DE ANTONIO I. VILLARREAL

PENOSA CAMINATA, VÍCTIMA DE LA SED, A TRAVÉS DE LA ESPESA MANIGUA TAMAULIPECA

CAPÍTULO XX

Cuando el general Antonio I. Villarreal, después de la sorpresa de Quintero, llegó a la cresta de los cerros a cuyos pies se encuentra la plaza en la que se había registrado el encuentro con las tropas del gobierno, y se encontró con que no tenía más acompañantes que el teniente coronel Hinojosa, el ferrocarrilero Arroyo y un mayor, todavía se escuchaban algunas descargas de fusilería y alguno que otro tiro aislado.

La noche era intensamente oscura; ninguno de los acompañantes del general conocía el terreno. Había, pues, que descansar en espera del nuevo día. Los cuatro perseguidos resolvieron que mientras tres dormían, uno de ellos vigilara. Al amanecer, una cortina de neblina hacía imposible ver a más de diez metros de distancia; la neblina, sin embargo, podía facilitar la fuga, ya que lo más probable era que los federales siguiesen las huellas de los fugitivos, contando para ello con el auxilio de los campesinos de la región, perfectamente conocedores de la sierra y del valle.

OTRA PENOSA CAMINATA

Después de orientarse, el general Villarreal dispuso que se bajara al valle en dirección opuesta a Quintero, creyendo que hacia ese rumbo podría abrirse más fácilmente el camino. Villarreal y sus tres compañeros empezaron a descender, caminando lenta y dificultosamente, ya que en vez de seguir las veredas optaron por abrirse paso entre la maleza.

Sin hablar una sola palabra, atento siempre a cualquier ruido, los fugitivos caminaron hasta el mediodía. No habían visto ni sentido al enemigo; pero, en cambio, habían encontrado uno más terrible: la sed. Carecían también de alimentos; pero esos no importaban tanto como el agua.

—Agua, agua; necesitamos un poco de agua... —decía el mayor, angustiado, caminando al lado de sus compañeros entre la maleza, y sintiéndose rendido de cansancio.

Villarreal dispuso un pequeño descanso, y cuando ordenó la continuación de la marcha se preguntó:

—Pero, a dónde vamos?

¿Quién lo sabía? Ninguno de los cuatro fugitivos se daba cuenta del rumbo que habían seguido durante la mañana. Podían haber descrito un semicírculo en torno de los cerros y quizás estaban muy cerca del lugar donde estaba el enemigo.

UN POCO DE DESCANSO

Creando inútil después de otras cuantas horas de caminar, seguir por entre la manigua sin rumbo fijo, el general Villarreal optó por el descanso. Solamente había que buscar un sitio que protegiera a los fugitivos de las miradas del enemigo. La región, gracias a la tupida maleza, se prestaba no solamente para ocultar a cuatro hombres, sino quizás hasta un batallón.

Poco antes de resolverse a tomar un descanso, el general Villarreal y sus acompañantes habían encontrado una brecha. La existencia de esta brecha indicaba que algún poblado no estaba lejos, pero hubiese constituido una osadía. Villarreal dejó la brecha y seguido de sus amigos se internó en la manigua encontrando un buen refugio en donde los cuatro pensaron entregarse al sueño.

Pero apenas los fugitivos habían caminado unos dos o trescientos metros, cuando el general Villarreal se desplomó. La lesión sufrida en la pierna el día anterior, la falta de agua y de alimentos, habían minado su organismo. Había sentido en más de una ocasión, durante la tarde, que la cabeza le daba vueltas; pero armado de energías y tratando de infundir valor a sus acompañantes, había continuado la marcha, hasta que al fin había caído.

Sus acompañantes, después de ponerlo en lugar seguro, trataron de orientarse, pero al fin, rendidos de fatiga, quedaron dormidos esperando una nueva aurora.

Ya había caído la noche, cuando el general volvió a la conciencia. Llamó a sus compañeros, pero éstos no respondieron; es que dormían. Desesperado, y a duras penas, empezó a desnudarse; sentía la necesidad de poner su pecho al aire libre: lo logró, y volvió a quedar dormido.

¡EN MARCHA!

En la madrugada, el general despertó y se sintió ligero. Su cuerpo desnudo estaba húmedo; una densa niebla lo cubría todo.

Aquella niebla lo había salvado. Por los poros de su cuerpo había absorbido el rocío suficiente para reconquistar parte de las fuerzas físicas perdidas. Ya sin dificultad, pudo ponerse en pie y hablar a sus amigos, que dormían profundamente.

—*¡En marcha, amigos!* —ordenó a sus tres acompañantes.

¿A dónde ir? Era ésta la pregunta que se hacían los cuatro. Ciertamente que a pocos metros de distancia estaba la brecha que seguramente conduciría a algún poblado; pero seguir la brecha era tanto como entregarse a los federales, no sólo porque los pueblos de la región deberían estar perfectamente guarnecidos, sino también porque las brechas eran el camino seguro que recorría el enemigo.

Villarreal trató de orientarse, descubriendo entonces que a su izquierda estaba la sierra de Carretas. Este descubrimiento fue un verdadero alivio. Había que alejarse de la sierra y caminar siempre hacia el occidente, y resolviéndose a jugarse el todo por el todo, el general dispuso salir a la brecha.

La sorpresa de sus acompañantes fue grande, y alguno de ellos observó que cada paso que se diera sobre la brecha era un paso hacia el enemigo. Pero

el general insistió, explicando que la marcha sería hecha con todo género de precauciones.

Ya sobre la brecha, los cuatro fugitivos, caminaron despacio, uno de tras de otro, de tal manera que se pudiesen dar cuenta fácilmente del peligro y a la vez, poderse ocultar en la manigua con rapidez.

¡AGUA!

Así caminaron los cuatro hombres por dos horas. De pronto, el que marchaba a la vanguardia, se detuvo y poniéndose las manos sobre la frente, exclamó jubiloso, como no queriendo dar crédito a lo que veía:

—*¡Sabinos!*

Los otros tres fugitivos se reunieron al descubridor y, atónitos, vieron cómo a unos dos kilómetros de distancia surgía un gran bosque de sabinos.

—*¡Agua!* —exclamaron los cuatro.

—*¡Adelante!* —ordenó el general Villarreal, recomendando al mismo tiempo que no por el gusto de llegar pronto al bosque de sabinos, se olvidara la recomendación de marchar con mayor número de precauciones.

La recomendación de Villarreal, sin embargo, no fue atendida ni por él mismo. Los cuatro caminaban muy de prisa, y con la mirada fija en el bosque de sabinos en donde habían de satisfacer la sed.

Al fin, los fugitivos entraron al bosque de sabinos. Los cuatro, como desbocados y haciendo un supremo esfuerzo físico, partieron en distintas direcciones queriendo ser cada uno de ellos el descubridor del manantial que había de darles nuevos alientos.

Los cuatro llegaron al mismo tiempo al manantial: era el ojo de agua de donde nace el río de El Mante.

Villarreal y sus amigos se dejaron caer sobre el césped, a la orilla del ojo de agua, y ávidos empezaron a beber y a beber. Allí estuvieron tendidos por unas dos horas. No dejaban de absorber el precioso líquido. Sintiéndose satisfechos y recobradas sus fuerzas físicas, los cuatro se pusieron en pie. Habían olvidado que eran perseguidos quién sabe por qué tantos soldados del gobierno.

OTRA VEZ EN MARCHA

—*iSobre la marcha, amigos!* —ordenó el general Villarreal, al mismo tiempo que indicaba que aun cuando existiera un gran peligro, no deberían de abandonar aquella región en la cual, si no encontraban alimentos, por lo menos tendrían agua.

Internados nuevamente en la maleza, encontraron a poco de caminar un canal de riego, y resolvieron marchar paralelamente a éste.

Había que marchar siempre hacia el oeste, y así se hizo. Aguzando el oído, deteniéndose de vez en cuando para mejor orientarse; reposando cada hora para no fatigarse demasiado, los fugitivos descubrieron la existencia de un próximo poblado. ¿Pueblo, hacienda o rancho? ¿Lugar de amigos o de enemigos? No lo sabían, y había que saberlo.

Para el caso, el general Villarreal ordenó al mayor que avanzara. El grupo había llegado hasta un punto en la manigua desde donde podían escuchar ladrido de perros y hasta voces humanas.

Antes de que el mayor partiera a cumplir la comisión, el general Villarreal le dijo:

—*Si lo aprehenden, procure no delatarnos si no hasta pasada una hora... Si no lo aprehenden regrese aquí con todas las precauciones del caso; nosotros estaremos pendientes.*

Partió el mayor, y Villarreal indicó a sus dos acompañantes restantes, que si el comisionado no regresaba a la hora, sería señal de que lo habían capturado y en ese caso tendrían los tres que alejarse violentamente del lugar.

Con verdadera emoción, los tres fugitivos esperaron que transcurriera la hora señalada para el regreso del mayor; pero éste no regresó.

—*iLo aprehendieron, vámonos!* —dijo el general a sus amigos, reemprendiendo la marcha.

HALLAN ALIMENTOS

A poco andar, siempre en sentido contrario del lugar donde había partido el mayor, llegaron casi a las puertas de un ranchito de tres o cuatro jacales.

Como Villarreal observara que ni Hinojosa ni Arroyo estaban dispuestos a ir al ranchito en busca de alimentos, como lo había propuesto, resolvió ir

Las rupturas en el constitucionalismo

él, mientras que sus compañeros quedaban emboscados y listos a acudir a su defensa en caso necesario.

A la puerta de uno de los jacales, un hombre platicaba con dos o tres mujeres. Villarreal saludó al grupo, y dirigiéndose a las mujeres les preguntó si le podían vender algún alimento, a lo cual accedieron en el acto.

Las mujeres se pusieron a hacer tortillas y el hombre informó al general Villarreal que en las cercanías del ranchito estaba la hacienda de Cantón, en donde había muchos federales que custodiaban a muchos prisioneros tomados en Quintero. Momentos después, a invitación de las mujeres, el general se sentó a comer. Mientras, el hombre montaba a caballo y desaparecía. Villarreal temió que el desconocido fuese a Cantón y diese aviso a los federales y lamentó el no haberle detenido; pero ya no había remedio. Pidió una canasta para llevar alimentos a Hinojosa y a Arroyo y se alejó violentamente del ranchito.

Ya unido a sus dos compañeros, y después de que éstos comieron, indicó la conveniencia de alejarse de aquel lugar. Los tres reanudaron la marcha, siempre hacia el oeste, y al llegar la noche se internaron en un “mogote” —pequeño trozo de maleza—, en donde se entregaron al sueño.

UN ENCUENTRO INESPERADO

Como a las nueve de la mañana del siguiente día y después de comer los restos de los alimentos obtenidos en el ranchito, los tres fugitivos entraron a los cañaverales de la hacienda de Cantón, y aunque caminaban con toda clase de precauciones, de pronto se encontraron a unos cuantos metros de distancia de un jinete que seguramente les había visto mucho antes de que ellos lo descubriesen.

Villarreal, Hinojosa y Arroyo, se dejaron caer en tierra creyendo que se trataba de algún miembro de la defensa social.

—*No se escondan, ¡no hay peligro!* —les gritó el jinete.

El general Villarreal, al escuchar la advertencia del desconocido, se puso en pie y dirigiéndose violentamente al lugar donde se encontraba el jinete, y llevando la pistola en la mano, ordenó a éste imperiosamente:

—*¡Pie a tierra, amigo, y cállese!*

El desconocido obedeció, protestando que no era enemigo de los rebeldes, e identificándose como mayordomo de la hacienda de Cantón.

Ya frente a los tres fugitivos, el mayordomo de Cantón dijo que en la hacienda se encontraban como sesenta prisioneros de Quintero, entre generales, jefes y oficiales; que todos los prisioneros habían sido tratados muy bien y que ninguno de ellos temía por sus vidas.

Agregó el mayordomo que el jefe de los custodios de los sesenta prisioneros había dado órdenes para que se dijera a todos los dispersos del combate de Quintero que se podían presentar en Cantón con la seguridad de que sus vidas serían respetadas.

—*¿Por qué no se presentan ustedes?* —preguntó el mayordomo ingenuamente.

—*No; no nos vamos a presentar; lo que vamos a hacer es aprovechar a usted de guía. Desensille su bestia y guíenos.*

El hombre obedeció, y cuando la partida se puso en marcha, el general Villarreal le ordenó:

—*Llévenos por los lugares que crea usted más seguros, a la hacienda de Gregorio Osuna.*

Hombre franco, desinteresado, el mayordomo cuidó desde aquel momento por la vida de los tres fugitivos, no sin aclarar que simpatizaba con el movimiento delahuertista y que era amigo de los Osuna.

EN LA HACIENDA DE LOS OSUNA

Horas después, Villarreal y sus amigos estaban a pocos metros de distancia de la hacienda del general Osuna. El mayordomo los dejó emboscados y se adelantó a la hacienda, con instrucciones de llamar a don Gregorio.

Al poco tiempo regresó el mayordomo de Cantón, seguido por Abelardo Osuna, hijo del general.

—*Soy el general Villarreal, quiero hablar con su padre* —dijo el general a Abelardo.

—*Mi padre está en Tampico; pero si yo puedo servir a usted...* —contestó inmediatamente Osuna.

—*Sé que la situación es difícil; que usted expondrá su vida. ¿Así quiere usted ayudarnos?*

—*Sí, general* —contestó Abelardo con un desinterés sin límites.

Las rupturas en el constitucionalismo

Villarreal hizo saber al joven Osuna que necesitaba alimentos, así como ropa y zapatos. Abelardo fue a la hacienda y poco después fue al lugar donde se ocultaba los fugitivos trayendo lo que el general había pedido.

El general, conmovido, se despidió del mayordomo de Cantón, después de haber quedado convencido de que se trataba de un hombre de gran corazón.

INFORMES INTERESANTES

Cuando quedaron solos con Abelardo, éste indicó la conveniencia de que se alejaran de la hacienda, llevándolos personalmente a un “mogote” en donde deberían esperar la noche, ofreciendo regresar como a las once para darles un guía que los conduciría a un sitio donde podrían pasar varias semanas sin peligro alguno, para salir después de la región.

Antes de despedirse de Villarreal, el joven Osuna informó a éste que teniendo en su hacienda teléfono directo a Victoria, habían estado llegando órdenes de Chapultepec, apremiando al jefe militar de la zona para que continuara activamente la persecución del general Villarreal. Abelardo informó igualmente a Villarreal que en la región habían sido concentrados cerca de cinco mil federales.

El resto del día lo pasaron los fugitivos descansando y esperando la hora en que habría de llegar Abelardo. Dieron las once de la noche y el joven Osuna no aparecía. Transcurrió una hora más inútilmente. Villarreal empezó a temer por la suerte de Abelardo, comunicando los temores abrigados a sus acompañantes.

FUSILAMIENTOS

Había ya pasado la medianoche; reinaba un majestuoso silencio. Los tres fugitivos ansiosos esperaban a su salvador, cuando escucharon una descarga de fusilería; segundos después un tiro.

—*Tiro de gracia* —dijeron los tres con solemnidad.

No habían pasado tres minutos, cuando una nueva descarga; a continuación un tiro.

—*Están fusilando a los nuestros...* —murmuró Villarreal, conmovido.

Como clavados en la tierra, sin hacer el menor movimiento, con los labios reseco, muy juntos uno del otro, Villarreal, Hinojosa y Arroyo continuaban escuchando nuevas descargas de fusilería, después de cada una de ellas, un tiro. Contaron dieciocho.

—*¡Dieciocho víctimas del gobierno!* —exclamó Villarreal a media voz.

En las últimas descargas, una racha de viento les había traído alguna noticia: la voz de mando del oficial de la ejecución. Él “mogote” donde se encontraban los tres fugitivos estaba a no más de trescientos metros del lugar del sacrificio de sus compañeros que habían caído en poder del gobierno.

¿Quiénes serían las víctimas? Solamente más tarde habrían de saber que en aquella noche trágica, habían sido fusilados diez generales y ocho coroneles, tenientes coroneles y mayores.

DIFÍCIL SITUACIÓN

Después de aquellas descargas volvió a reinar el silencio, aunque de vez en cuando hasta los fugitivos llegaban algunas voces de mando. Los ejecutores se retiraban, y nada difícil era que ahora se dedicaran a buscar a Villarreal.

Hinojosa y Arroyo, temiendo que esto sucediera, opinaban que los tres salieran del “mogote”, que no teniendo más de ciento cincuenta metros de diámetro, podría ser rodeado por tropas fácilmente.

Sin embargo, el general Villarreal esperaba. ¿Llegaría Abelardo Osuna?

Pasaron así dos o tres horas más; horas de ansiedad y de abatimiento; ansiedad por el peligro; abatimiento por la tragedia que se había desarrollado a unos cuantos metros de distancia.

Ninguno de los tres se atrevía a hablar; sólo seguían atentos a cualquier ruido. A veces el aire azotaba la maleza, y el frío creía descubrir las figuras de varios soldados que avanzaban.

Pronto vendría el nuevo día, y su situación sería más angustiosa. ¿Qué hacer? ¿Cómo salir? ¿A dónde dirigirse?

(Continuará el próximo domingo)

Magazín de *La Opinión*, Los Ángeles, California, domingo 5 de abril de 1936, año x, núm. 203, pp. 11-12.